

Derechos frágiles

Gemma Lienas

DERECHOS FRÁGILES

Autobiografía de una
generación de mujeres

Octaedro 

Colección Con vivencias - 48

Título: *Derechos frágiles. Autobiografía de una generación de mujeres*

Primera edición: octubre de 2020

© Gemma Lienas Massot

Derechos de edición negociados a través de Asterics Agents

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5 - 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02

octaedro@octaedro.com

www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18348-31-0

Depósito legal: B 17821-2020

Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila

Diseño y producción: Editorial Octaedro

Impresión: Grafilur

Impreso en España - *Printed in Spain*

A David, a Lara, a Anabel y a Xavier.

Índice

La fina línea que une nuestros «yos» pasados	11
PRIMERA PARTE: LA NIÑA DE LA CINTA EN EL PELO	
Hogar, dulce hogar	19
Madre no hay más que una	28
Salvada por la lectura	38
¡Qué leyes!	44
Cambios en la sociedad	55
SEGUNDA PARTE: LA MUJER DE PELO VERSÁTIL	
Bodas, bodorrios y críos	61
Me lo dices en la calle	70
Separación, no divorcio	75
La vida sexual y, de paso, la ginecológica	80
Sujetadores fuera y otras liberaciones	90
La maté porque era mía	98
Reacción	103
TERCERA PARTE: LA MUJER DE PELO CORTO	
Arriba, mujeres de la Tierra	113
Antifeminismo	120
Las queremos muertas	124
Terror sexual	129
Cuidado con los cuidados	136
Desde la política con odio	142
Machos furibundos	148
Lo que queda por hacer	155

La fina línea que une nuestros «yos» pasados

La mujer se mira al espejo. No falta mucho para que cumpla los setenta, pero se siente en forma; vital, más cercana a los cincuenta que a los setenta. Se observa y trata de hallar en su rostro no ya los signos del paso del tiempo –estos son evidentes– sino sobre todo la pérdida de feminidad que algunas mujeres experimentan en la madurez, tal vez como consecuencia de la disminución de estrógenos.

A algunos hombres les ocurre algo parecido, solo que en relación con el declive de la testosterona. Eso le dijo una ilustradora excelente y combativa a la que conoció en un encuentro con lectores. «También muchos hombres pierden masculinidad a partir de una cierta edad» le dijo; «parecen lesbianas viejas». Y no era un comentario homófobo –ella se declaraba activista LGTBI–; era un comentario pertinente dentro de la conversación que sostenían.

En realidad, a la mujer se le antoja tranquilizadora la ilusión de que hombres y mujeres sean bastante indistinguibles en la ancianidad, tal como ocurre en la niñez. Ello reforzaría su idea de que la masculinidad y la feminidad están en los extremos opuestos de un mismo *continuum*. Ciertamente, las personas están muy marcadas por el sexo biológico y también por la construcción cultural con la que han sido socializadas, es decir, por lo que conocemos como estereotipos de género. Sin embargo, cada persona debe poder situarse en ese *continuum* citado según cómo vive, siente y piensa su género, al margen de su sexo biológico.

La construcción cultural de las mujeres se basa en las reglas del patriarcado, es decir, los roles y los estereotipos de género: el poder de cualquier tipo –político, económico, eclesiástico, cultural...– lo ostenta el varón, que supuestamente es un ser superior. Históricamente, la mujer ha carecido de derechos y ha tenido que subordinarse al varón, ya que, claro, ella es un ser inferior física, intelectual y moralmente; calificaciones basadas en ideas sin ninguna evidencia científica. Físicamente, a las mujeres se las denomina el sexo débil. Lo son si se considera su fuerza muscular, pero son superiores si se tiene en cuenta que la supervivencia de los embriones femeninos y de las niñas durante el primer tiempo de vida está claramente por encima de la de los niños. Intelectualmente, las mujeres han sido siempre consideradas seres con una gran debilidad mental. «Intelectualmente, las mujeres son inferiores» –le argumentó un escritor a la mujer que se mira al espejo en una conversación en los alrededores del año 2000– «porque nunca han inventado nada; todo en el mundo ha sido inventado por los hombres». La mujer se quedó perpleja ante ese argumento falaz: es difícil inventar algo si te pasas la vida dando biberones, fregando suelos, cambiando el pañal de tu suegra y guisando arroces; y si a eso le sumas la imposición de no poder estudiar, el resultado cuadra perfectamente con los objetivos patriarcales. Y moralmente a las mujeres se las considera inferiores porque no tienen la fuerza moral de los varones; ya en los años del edén, si la humanidad perdió el paraíso, fue porque Eva, en su debilidad e indecencia, se empeñó en que Adán probara la manzana prohibida; el pobrecito Adán no tuvo culpa de nada.

Establecida la inferioridad de la mujer y, como consecuencia obvia, la superioridad del varón, las mujeres quedaron sojuzgadas por los siglos de los siglos. Por eso la mujer que se mira al espejo ha pensado muy a menudo que el obrero es oprimido por una cuestión de clase, y quien le oprime es la patronal. La obrera no solo es oprimida por una cuestión

de clase sino también por una cuestión biológica –el sexo– y una cultural –el género–. Y quien la oprime como mujer es muchas veces el obrero, a menudo su compañero en casa. Cuando piensa en eso, no puede dejar de recordar una anécdota tremenda que le contó una vez su suegra. Le dijo: «En Girona, vivíamos cerca de la fábrica Grober. A mediodía y por la tarde, cuando sonaba la sirena, las puertas se abrían y salían un montón de hombres y mujeres. Ellos se quedaban en la plaza charlando y fumando o se iban al bar a tomar un vaso de vino. Ellas corrían literalmente a casa a ocuparse de la chiquillería, de la comida, de la limpieza... debían tenerlo todo a punto para cuando más tarde apareciesen los maridos». La opresión del obrero sobre la obrera.

Esa misma dominación la explica Gerda Lerner en su libro *La creación del patriarcado*¹ cuando dice: «Lo cierto es que hombres y mujeres han sido excluidos y discriminados a causa de su clase, pero ningún varón ha sido excluido del registro histórico debido a su sexo y, en cambio, todas las mujeres lo fueron». Exactamente, las mujeres no forman parte de la historia no porque hayan pertenecido a una clase desfavorecida económicamente, sino por ser mujeres. En las enciclopedias solo aparecen nombres de varones y todo el conocimiento y los hechos de los varones. Pobres mujeres, eliminadas de la historia, silenciadas. Y pobres niñas, que carecen de referentes.

Luego, si las mujeres constituyen la mitad de la población del mundo y han sido el mayor grupo de población oprimido, excluido y subordinado de manera constante a lo largo de los siglos, ser mujer y haber sido socializada como mujer deja unas marcas indelebles. Que el patriarcado les haya reservado el trabajo del cuidado –trabajo por el que no se obtiene ni reconocimiento social ni compensación económica– genera en las mujeres de todo el mundo mayores tasas de pobreza

1. Lerner, Gerda. *La creación del patriarcado*. Barcelona: Crítica, 1990.

y una doble carga de trabajo, lo que, a su vez, provoca enfermedades –por ejemplo, dolor musculoesquelético y fibromialgia–, como señala la doctora Valls i Llobet, que podrían ser evitables.

Ser mujer es una categoría política que el feminismo no debe dejarse arrebatar, ni permitir que se destruya, diluya o invisibilice. La mujer es precisamente el sujeto de este movimiento. Así es que, mientras el patriarcado no haya sido destruido y no nos encontremos en una era en que esa forma de organización social sea parte del pasado, no podemos hablar de deconstruir el sujeto político mujeres. La actual idea de que debe considerarse mujer a cualquier persona por el hecho de que se sienta identificada con los estereotipos de género atribuidos a ellas es contraria a los postulados del feminismo. Como ya ha dejado claro el feminismo, los estereotipos de género son construcciones sociales, que cambian en función de los tiempos y de los lugares; de modo que a una niña le puede gustar jugar a fútbol sin que por ello debamos pensar que es un niño; y al revés, un niño que juega con muñecas no debe ser considerado una niña por su comportamiento. La mujer ha hablado de ello en un cuento infantil: *La mitad de Juan*, que forma parte de *El libro de las emociones para niñas y niños*.² La actual idea de confiscar el sujeto político «mujeres» es una forma más de reacción contra las mujeres, que constituyen la mitad de la población del mundo y han sido sojuzgadas (sometidas a la ablación, violadas, casadas a la fuerza, asesinadas...) por el hecho de ser seres humanos del sexo femenino. Como dice la filósofa y feminista Luisa Posada Kubissa:³ «Por mujer entiendo el referente que ha padecido la opresión y la exclusión patriarcales. A partir de ahí, defiendo, pese a las críticas que he tenido por

2. Lienas, Gemma. *El libro de las emociones para niñas y niños*. Barcelona: B de Blok, 2017.

3. Posada Kubisa, Luisa. Fragmento de la entrevista realizada por Ana de Blas en «Tribuna feminista» el 10 de abril de 2019 en *El Plural*.

todas partes, que las luchas identitarias contra lo que llaman el heteropatriarcado se tienen que aliar con el feminismo en su interés común. Pero una cosa es que se alíen y otra es disolver el sujeto político del feminismo en esas luchas. Ha habido un debate teórico que ha calado, en el que se habla de “deconstruir el sujeto político mujeres”. Hasta tal punto que hay quien enumera los sujetos políticos del feminismo: los hombres, los gays, transexuales, bisexuales... y no menciona siquiera a las mujeres». Y decir esto no significa, por supuesto, no reconocer y dignificar todas las identidades y orientaciones sexuales.

La mujer aparta los ojos del espejo y los vuelve hacia la niña que era ella a los tres o cuatro años y que la está mirando desde una fotografía en blanco y negro. La niña está sentada en una azotea embaldosada con terracota de mala calidad; viste un pichi a rayas y una camiseta blanca, calza unas sandalias; está tocada con una cinta ancha que retiene su cabello. La niña la observa con una mueca entre irónica y rotunda en los labios. ¿Su identidad es la misma que tiene la mujer ahora? No, no lo es. En su opinión, la identidad es una amalgama construida, enriquecida, a lo largo de la vida. Por ejemplo, ¿podía esa niña, nacida en el seno de una familia acomodada, devenir una mujer con ideas de izquierdas? Podía, claro, siempre que sus vivencias juveniles pasasen por movimientos de resistencia a la dictadura franquista o colaborase como voluntaria para proporcionar vacaciones a críos y crías de familias en riesgo de exclusión o que sus mejores amigos provinieran de capas sociales desfavorecidas económicamente. ¿Hubiera podido ser rebelde si no hubiera tenido un padre decidido a someterla a sus dictados para hacer de ella una buena niña? Tal vez no. Tal vez necesitó vivir esa educación paterna implacable para decidir que nunca agacharía la cabeza. En cualquier caso, las identidades son subjetivas, responden a sentimientos y no pueden ser objeto de legislación.

La mujer sigue mirando a la niña. ¿Siente que hay algún vínculo entre las dos? ¿La niña es la mujer/la mujer es la niña? Las diferencias son enormes: entonces lo tenía todo por hacer; ahora ya tiene muchas cosas hechas. No solo eso: cada decisión que esa niña ha ido tomando a lo largo de su vida ha marcado unos caminos y ha obstruido otros. Cada persona con la que ha intimado, cada idea que ha leído e interiorizado, cada lugar en el que ha vivido han ido configurando su identidad. Cada acontecimiento no previsto y sufrido: enfermedades, rupturas, duelos, han ido complementando sus «yos».

Y, sin embargo, pese a los girones de piel perdidos al vivir y tantos trozos de mente y corazón ganados al vivir, se reconoce en su mirada resuelta: ese gesto de aquí estoy y voy a tratar de salir adelante.

**PRIMERA PARTE:
LA NIÑA DE LA CINTA
EN EL PELO**

**Si desea más información
o adquirir el libro
diríjase a:**

www.octaedro.com